

cob. Cuando Dios os visite, trasportad de este lugar mis huesos con vosotros." El cadáver de José fué embalsamado y depositado en Egipto dentro de una caja.

Sabido es cómo se multiplicó su descendencia, cómo llegó á ser esclava de los monarcas egipcios, y cómo vino Moisés á libertarla, llenando de plagas á los opresores y conduciendo al pueblo de Dios por el lecho del Mar Rojo, que cerró de repente sus aguas tragándose á Faraón en compañía de sus carros y de sus ejércitos.

Septiembre de 1856.

Tradición acerca de las Lagunas de México



Tradición acerca de las Lagunas de México.

Lo abundante de las aguas que rodean á la más antigua ciudad del Nuevo-Mundo, hizo que algunos etimologistas, según refiere el P. Torquemada en su "Monarquía indiana", quisieran dar á la palabra México el significado de "fuente" ó "manantial", si bien desde un principio los indígenas afirmaron que dicha palabra se deriva de "Mexitly", segundo nombre del dios Huitzilopetzli. El valle de México forma un óvalo de dieciocho leguas y media de largo y de doce y media en su parte más ancha, y se supone que casi toda esta inmensa extensión de terreno estaba cubierta de agua cuando tuvo lugar la fundación de México por los aztecas, que el historiador Veytia,

apoyándose en el dicho de Sigüenza, fija en 1327.

El origen de la fundación de México está íntimamente ligado con la historia de las maravillas que el gentilismo atribuyó á las lagunas del valle. Los mexicanos, habiendo llegado á inmediaciones del sitio donde hoy se halla la ciudad, anduvieron errantes por espacio de cincuenta años, hasta que, perseguidos de los aculhuas de Colhuacán, se internaron en la laguna, pidiendo á dos de sus sacerdotes, Axolohua y Cuauhocoatl, que eligiesen lugar á propósito para fundar la población. Los sacerdotes debieron andar como hoy se anda por las calles de México, mojándose los pies y á riesgo de romperse una pierna, hasta que hallaron un islote, y en él, según dice Torquemada, "El Tenuchtli (que ahora tienen por armas), y alrededor del pequeño sitio de tierra un agua verde, y que cercaba el dicho lugar, y era tan viva su fineza, que parecían sus visos muy finas esmeraldas." Quedaron suspensos los sacerdotes ante aquel espectáculo, y la historia no dice si por tomar un baño, ó bien impulsado por una fuerza sobrenatural, desapareció Axolohua "sumiéndose en lo hondo del agua verde, sin saber quién lo hubiese sumido." El

otro sacerdote volvióse á dar aviso á los mexicanos de lo que había sucedido. Larga fué la infusión de Axolohua, pues no pareció hasta las veinticuatro horas, diciendo á la atónita gente que, mientras estuvo bajo el agua, habló con Tlaloc, señor de la Tierra, quien le dijo que aquel era el lugar donde debían establecerse sus compañeros y que allí verían ensalzadas sus generaciones. El lugar donde estaba el Tenuchtli, según dice Torquemada, es el mismo donde hoy se hallan la catedral y la plaza de armas. Los mexicanos comenzaron á establecerse en el islote, construyendo sus chozas con las cañas y juncias del lago. Los fundadores eran nueve familias, que reconocían por uno de sus jefes principales á Huitzilihuitl.

A medida que la población aumentó, los indios fueron cegando con céspedes tomados de las mismas lagunas los lugares menos profundos; por rencillas domésticas gran parte de ellos fueron á fundar otra población en Tlatelulco, y una y otra isla llegaron á unirse con el tiempo. Al verificarse la conquista de los españoles, las aguas del lago de Texcoco ocupaban un espacio considerable en el valle; por el Oriente llegaban hasta las poblaciones

de Texcoco y de Iztapalapan; por el Norte, hasta el pie de los cerros del Tepeyac; por el Occidente, hasta Popotla y Chapoltepetl, y al Sur se unían con las aguas del lago de Xochimilco por medio de un ancho canal, cuya corriente era muy rápida.

La tradición á que hemos aludido, referente á la fundación de México, justifica el respeto supersticioso con que los indigenas consideraron á las lagunas por espacio de muchos siglos, y de cuyo respeto aun se conservan vestigios en los desgraciados restos de la raza de los antiguos aztecas. Mas si los indigenas profesaron respeto religioso á las lagunas, éstas han sido siempre objeto de temores más ó menos graves para la raza europea que habita en esta parte del Nuevo Mundo. Ya durante el reinado de Ahuitzotl sufrió la ciudad una inundación, y para precaverla en lo sucesivo de mal tan grave, se emprendió la grande obra de levantar el terreno á un nivel más alto por medio de una capa nueva de tierra. En tiempo de la dominación española hubo diversas inundaciones, y la principal de que se guarda memoria fué la de 1620, en que las aguas llegaron á considerable altura en las calles más centrales, habiendo permane-

cido la ciudad anegada por espacio de algunos años. En la actualidad los temores de inundación se han despertado muy vivamente en el ánimo de los habitantes de México; el abandono con que de muchos años á esta parte han sido vistos los trabajos del desagüe, ha hecho que el tajo de Nochistongo esté obstruido en muchos lugares, y que los diques de las lagunas de Zumpango y de San Cristóbal estén á punto de destruirse enteramente. Si tal llegara á suceder, las aguas de las citadas lagunas refluirían al lago de Texcoco, y éste, desbordándose más de lo que está, anegaría desde luego la ciudad. Pero en concepto de las personas inteligentes, para que México se inunde, no es necesario que lleguen á romperse los diques de Zumpango y San Cristóbal: el limo que el lago de Texcoco ha ido recibiendo en el espacio de tantos siglos, ha debido levantar considerable el nivel de su lecho, imposibilitándolo de contener una masa extraordinaria de agua; la abundancia de las lluvias en la última estación ha hecho que el lago se derrame hasta cubrir el camino carretero de México á Veracruz, á distancia no muy corta, y se calcula que por muy activa que sea la evaporación, si las próximas

lluvias son abundantes, ó acaso tan sólo á consecuencia del deshielo de las montañas que rodean el valle, y que están casi enteramente cubiertas de nieve, puede la capital convertirse en segunda Venecia, aunque sin las comodidades y los placeres de la verdadera reina del Adriático. Una junta de propietarios nombrados por el gobierno se está haciendo ya cargo de los diversos proyectos presentados para el desagüe y de los medios de evitar por lo pronto la calamidad que nos amenaza.

Entretanto, don Sebastián Pane, que ha abierto algunos pozos brotantes en la República, acaba de obtener la autorización necesaria para hacer investigaciones relativas á la posibilidad de abrir pozos absorbentes en diversos lugares del valle. Si el problema se resolviera en favor de dicha posibilidad, seguramente desaparecería todo peligro de inundación; pero se cree que la calidad de los terrenos no se presta en manera alguna á la absorción de las aguas; y si bien el señor Pane, entregándose á investigaciones históricas, ha podido indicar la existencia de algunos resumideros, resulta que éstos son naturales y que, aun cuando realmente hayan existido, nada prueban

acerca del buen resultado de los resumideros artificiales, por razones que se hallan al alcance de todo el mundo.

A propósito de resumideros naturales, debemos dar cuenta de un curiosísimo documento, que existe en el archivo de la ciudad, y que nuestro amigo, el laborioso é ilustrado literato don Manuel Orozco y Berra, jefe del citado archivo, ha franqueado á algunos de los señores que componen la junta de desagüe. Dicho documento, que ha salido á luz en uno de los últimos números de "La Sociedad", data del año de 1750, y es copia á la letra de un manuscrito que perteneció á don Bernardino Estrada, natural de México.

Resulta de dicho documento que, durante la inundación de 1629, de que más arriba hemos hecho mérito, el padre don Bartolomé de Alva, descendiente de los antiguos reyes de Texcoco, supo que un indígena llamado Francisco Hernández, tenía noticia de un desagüe natural que antiguamente existía en el lago de Texcoco. Apersonóse con él, y no sin trabajo, obtuvo un mapa que representaba á la antigua México, su laguna y desagüe, así como también diversas explicaciones que indujeron al citado padre á tomar declaración á varios testigos. Esta

parte del documento es muy interesante, y nuestros lectores nos agradecerán que la transcribamos; dice así:

“Los testigos que aquí se referirán, declararon sin saber unos de otros, El primero, un mexicano de 80 años, dijo: que de su padre, que fué mayordomo de Moctezuma, y de otros individuos, sabía que la laguna tiene unos resumideros, y que el principal se llama Pantitlán; y que él ha visto desde lejos remolinear el agua, y sería el remolino como media cuadra, y á esta causa, los que navegan por aquella parte, se retiran del puesto por no ahogarse.

“Item: que una acequia antigua que corre de Poniente á Oriente, cuyo principio es á la parte del Sur de Chapultepec, y pasa por el puente de San Antonio, iba encaminada al desagiie; esta acequia se cebaba de los ojos de agua que tiene Chapultepec, y vertientes de aquellos egidos altos, y así era como un río perpetuo; tenía plantados á sus orillas muchos sabinos en tiempo de la gentilidad.

“Item: que tuvo noticia, habían los antiguos cercado de estacada el resumidero, porque no les faltase agua en la laguna; pero no sabía si el sumidero estaba cercado.

“Item: que en tiempo del señor virrey

don Luis de Velasco, el primero de este nombre, vió inundarse esta ciudad; de suerte que andaban canoas por la plaza, y que cuidadoso el señor virrey, preguntó á un clérigo bachiller: ¿qué remedio tendría aquella agua, y cómo se podría desaguar la ciudad?; dió por respuesta á S. E. llamase los principales mexicanos, que ellos repararían el daño; llamólos, y propuesto el cuidado en que se hallaba, respondieron no tuviese S. E. pena, que el agua se iría por donde vino. Haciéndoles nuevas instancias sobre el modo de desaguar la ciudad, dijeron que en la laguna estaba el desagiie. Mandó entonces el señor virrey le llevasen al puesto; previnieron canoas, fueron á la laguna; llegaron á vista del remolino, y desde allí arrojaron un manojo de hilo atado, y el remolino trajo á la redonda el manojo, y en llegando al centro del remolino, se enderezó y sumió hasta que nunca más pareció. Entonces dijo el virrey: grandes hombres son los mexicanos; no hay esto en mi tierra ni en el mar que he navegado; preguntando qué tiempo había durado aquella inundación, dijo que seis meses.

“Otro mexicano principal, declaró que oyó decir á don Fernando, nieto de Moctezuma, que un rey de los me-

xicanos, hizo hacer un retrato suyo, y lo mandó echar en el resumidero de "Pantitlan", habiendo avisado primero por los pueblos donde había ríos grandes, para que tuviesen cuenta si saliese por alguno de ellos, y que fué á salir hasta Orizaba.

"Otro testigo de más de setenta años, de color pardo, dijo que había tiempo de cincuenta y dos años que vió la laguna seca, yéndose á holgar con otros amigos dos ó tres veces, hacia la parte que llama Pantitlan, entre los dos peñoles, de agua caliente el uno, y el otro que unos llaman Xico, y otros Tepepolco, y más cerca de este último vió una estacada que rodeaba más de cuarenta varas, y las estacas muy juntas, y el plan de la Oya estaba más bajo que el de la laguna, por más de una vara.

"Item: vió en el plan de la dicha Oya, hacia la mano derecha, como vamos de México, un ídolo de piedra de la estatura de un hombre alto. En aquellos lagunachos que alrededor había, estaban pescando unos indios, que les preguntó qué estacada era aquella, y le respondieron era sumidero que tenía esta laguna, y que había otros dos por aquella cordillera, y el segundo le señalaron desde allí que distaría como

dos cuadras del primero, y no pasaron á él por el lodo que había en el medio; añadieron los indios, que el señor de Texcoco y el de México convinieron en cerrar aquellos tres sumideros, porque no se les secase la laguna, y les faltase el pescadillo de ella.

"Item: que había tiempo de cuarenta años, que varias veces en tiempo de aguas se iba en canoa por aquella parte de la laguna, y los indios remeros les decían que se apartasen de aquel paraje, no los llevase el remolino de aquel sumidero; de suerte que hasta hoy es fama constante entre los indios, que aquel paraje es peligroso por el remolino del agua de aquel puesto.

"Item: habiéndose hecho el desagüe de Huehuetoca, en tiempo del señor marqués de Salinas, hubo dos Nahuatlato, el uno llamado Martín Núñez, y el otro N. de Arroyo, que registraron ante S. E. los tres sumideros de la laguna; pidióseles que diesen información; dijéronla con muchos indios viejos, que contestaron, ser aquellos resumideros de la laguna; presentáronle también unos mapas antiquísimos, en que estaban pintados los dichos resumideros de la laguna; y en cada uno tenían pintadas medias canoas, como que se las iba tragando la corriente de

los sumideros, y el peligro que corrían los que por allí llegaban.

“Mandó el señor virrey que fuesen algunos regidores con buzos, para averiguar si hallaba la estacada; fueron, hicieron la diligencia y hallaron la estacada, como aquí queda referido; por orden de S. E. llamaron á Alariphes, para que, oída la relación de la estacada, dijese qué sería menester para alegrar aquellos sumideros; respondieron que con siete mil pesos sobraría dinero. Dice que en este tiempo llegó un aviso en que S. M. envió á llamar al señor marqués de Salinas, para presidente del Consejo de Indias, y con esta ocasión pidió S. E. todo lo escrito y pinturas, y se quedó con ello; que no se ha sabido lo que de ello dispuso.

“Preguntando el testigo qué tantodistaría el desagüe y resumidero que vió de la albarrada, dijo que como una legua.

“Ahora dos años, con la primera inundación que padeció esta ciudad, aunque no así como en los años de 29 y 30, se encontraron dos mancebos: el uno español, y el otro mexicano, con un anciano mexicano que les dijo había él alcanzado esta tierra, antes que llegasen los españoles, y que se acordaba haberse inundado esta ciudad en

tiempo de Moctezuma, habiendo durado la inundación 15 ó 16 días, que los llevaría al lugar del resumidero, llamado Pantitlan, para que diesen aviso de él, y adquiriesen algún hallazgo; preguntáronle; ¿y dónde estaba y qué modo tendría en abrirlo, sin que corriesen riesgo los que lo abrían, de ser ahogados del remolino y fuerza del agua? Respondió que el Pantitlan era entre los dos Peñoles, y que el modo que guardaban antiguamente para abrirle era éste: Iban algunos indios en una canoa, y en llegando á vista del sumidero, en debida distancia que no llamase el remolino cuando abriesen, hincaban una buena estaca en la laguna, y á ella amarraban la canoa, con que la aseguraban; luego el buzo que había de abrir el desagüe, sabía que tenía dos ó tres vigas, que servían de puerta en la forma siguiente: las unas cabezas estaban atadas con fuertes cuerdas al modo de goznes, las otras cabezas estaban atadas con unos cordeles ó mecates, los que cortaban por esta parte, y el golpe del agua levantaba las vigas que quedaban estacadas por la otra parte: salida el agua, volvían á estacarlas como estaban antes. Al dicho buzo lo ataban por los pechos con un cordel largo, arrojábase de la canoa al agua,

é iban dándole cuerda los de la canoa, y llegado, cortaban con presteza los cordeles, y con la misma, ayudados de los de la canoa que tiraban del cordel con que estaba atado, lo retiraban del remolino que luego hacia el agua, entraba en la canoa, y volvian á sus casas.

“Otro anciano mexicano, preguntado si tenia noticia del desagiie de la laguna, si corria y cuál era su disposición, dijo que la laguna tenia desagiie entre los dos Peñoles, al que llamaban Pantitlan, y que poco tiempo ha corria; y si ahora no corria, sería por estar ensolvado con el lodo.—Dijo: que estaban en el plantador dos ídolos, el uno figura de hombre, y el otro de mujer, que se estaban mirando el uno al otro, de Oriente á Poniente, y entre ellos las vigas que cierran el desagiie de Norte á Sur, y de las últimas de Oriente, sirven de puerta que se levantan por la parte del Norte, y penden por la del Sur; la cueva por donde entra el agua, dijo, era de peñascó, y que sabia el puesto y guiaba á él.

“El señor Antonio Ortiz de Zúñiga, racionero de la santa Iglesia de México, dijo: que siendo niño de diez años, yendo con su maestro el racionero, Lázaro de Alarco, ahora de 64 años, á ha-

cer una diligencia á Xochimilco en una canoa fuerte, con seis diestros remos escogidos para el efecto, acaeciò que dejando á mano derecha la albarrada, fueron atravesando para entrar en la acequia grande, y oyó muchos gritos de los indios remeros, diciendo: tened, tened, que nos vamos entrando al sumidero, y vió que la canoa, con la fuerza del agua, iba dando vueltas, y remolineando con estar bien lejos de la que decían ser la boca del sumidero, y oyó un golpe grande de agua, como que caía en profunda. A las voces despertaron todos, por ir durmiendo, é hicieron grandes diligencias, poniendo la canoa de costado, porque la fuerza del agua se la llevaba por la punta; y haciendo esto con fuerza y maña se fueron retirando poco á poco, y preguntóle su maestro, que no entendía la lengua, qué decían los indios de la causa de aquel peligro. Les oyó platicar y decir que aquel era un resumidero de remolino, y que el agua, con la fuerza del remolino, los llevaba al fondo, y los indios, asombrados, daban gracias á Dios por haberlos librado del peligro; y añadió que, aun estando bien desviados, se oía el golpe del agua.

“Otros testigos se podrían referir á este tono, que contestaban ser entre

los naturales voz y fama constante por tradición de un pasador de experiencias y desgracias, sucedidas á los navegantes por la laguna; haber en ella desagiie en el puesto y lugar referido, que llaman Pantitlan, y siendo esto tan ignorado de los españoles, como sabido de los indios, que lo han tenido en secreto por tantos años, ahora todos lo publican.”

El mapa á que hemos hecho referencia, tenía en 1629 una antigüedad de 200 años. Veamos lo que acerca de él dice el documento:

“Pintan un cuadro: la primera línea que mira al Oriente y corre de Sur á Norte, es una albarrada en el puesto que hoy lo tiene México.—La segunda línea que mira al Occidente corre desde Chapultepec hasta el Tlaltelolco, hoy Santiago.—La tercera mira al Norte, y corre desde Tlaltelolco, donde remata la segunda, hasta encontrar con la albarrada por la parte del Norte.—La cuarta mira al Sur, corre de Poniente á Oriente, y es una vistosa acequia que tiene su principio de las vertientes de Chapultepec, corre por el Egido, que mira á Tacubaya; pasa por el puente que está cerca de la Iglesia de San Antonio; llégase á ver con la albarrada, prosigue al Oriente, por lo que hoy es

laguna casi una legua, y allí remata en el desagiie de Pantitlan; esa acequia guarnecian sabinas sus orillas, río perenne por pecharle á la continua los manantiales de Chapultepec, así el que brota el haz del cerro, como el del lado de la alberca, y aquí guiaban las vertientes de aquellos altos, seguro de inundación de este lado, porque iban las aguas por la caja de la acequia, hasta el resumidero que está pintado entre los dos Peñoles que inclina más al del Sur, tiene pintados en la boca remolinos de agua, y allí tres escalones, y en el de en medio una bandera por el que hubo el nombre de Pantitlan, porque Pamitl, en mexicano, dice bandera.”

Otro indio anciano de Santiago Tlaltelolco entregó un segundo mapa en que estaban pintados tres resumideros, y el modo de cerrarlos y estacarlos. Los intérpretes indígenas llamados á explicar el mapa, dijeron, refiriéndose á la pintura del agua: “Los mexicanos, á los cinco años de su fundación, habiendo hallado en el llano muchas cuevas entre carrizadas y cañaverales, les dijo su dios: aquí ha de ser la parada, ya no hay que ir á otra parte; y luego cerraron las cuevas por donde entraba el agua, que era su salidero ó consumide-

ro, y en cerrando las cuevas se causó haber agua salobre en las lagunas." El indio que presentó este mapa se hallaba enfermo, y dijo que, si Dios le daba salud, llevaron á los españoles el desagiie de Pantitlan; pero murió tres días después llevándose consigo el secreto.

El resto del documento se contrae á otras muchas pruebas que atestiguan en favor de la existencia del resumidero de Pantitlan; cita al P. Fr. Juan de Torquemada, al P. Carochi de la Compañía de Jesús, y al capitán Vargas Machuca, quienes en sus escritos hacen mención del resumidero y aduce como razones que confirman haber desagiie natural las circunstancias de ser exactísimas todas las pinturas contenidas en el primer mapa, según lo que se veía y sabía en la época de la redacción del manuscrito, y la de que en el Valle de México desaguan por lo menos tres ríos, siendo por lo mismo imposible que la evaporación por sí sola hubiese evitado la inundación de todo el Valle.

Al llegar á esta parte del documento se lee: "Lo escrito hasta aquí está sacado de un cuaderno manuscrito sin firma ni fecha; pero por su contexto

parece ser de los años de 1650 ó 1660. Más adelante se lee:

"Añádase que por los años de 1737, cuando la epidemia del matlazahua, pidieron unos al Excmo. Sr. Vizarron, licencia para cavar cerca del Peñol y buscar un tesoro que se decía estaba allí escondido: obtuviéronla; fueron; cavaron, y hallaron solamente tiestos y un anillete de cobre, y dijeron que les pareció haber dado, cavando, con un envigado; pero no prosiguieron á cavar más porque era ya mucha el agua; esto me dijo un sujeto de toda verdad y de autoridad, y sería fácil averiguarlo por palacio; acaso oyeron decir que en el Peñol había un tesoro escondido, diciéndose esto con relación al desagiie, y ellos lo tomaron por riqueza de oro y plata."

Creemos que la lectura de este documento interesará, no sólo á los anticuarios, sino también á toda clase de personas que comprendan el riesgo en que México se halla de verse inundada próximamente.

Febrero de 1856.
